

ANTHONY TROLLOPE

El amor de un hombre de cincuenta años

GRANDES CLÁSICOS  FUNAMBULISTA



El amor de un hombre
de cincuenta años

Grandes Clásicos

Anthony Trollope

El amor de un hombre de cincuenta años

Traducción de Alma Fernández Simón
y Maite Roig Costa



Primera edición: diciembre de 2012

Título original: *An Old Man's Love* (1884)

© de la traducción: Alma Fernández Simón, 2012

© de la traducción: Maite Roig Costa, 2012

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2012
c/ Flamenco, 26 - 28231 (Las Rozas) Madrid

www.funambulista.net



Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura, para su préstamo público en bibliotecas públicas de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual

BIC: FC

ISBN: 978-84-940293-8-7

Depósito Legal: M-40648-2012

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *The Only Daughter*, James Hayllar, 1875

Impresión y producción gráfica: MFC Artes Gráficas

Impreso en España

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

El amor de un hombre
de cincuenta años

Volumen I



I

LA SEÑORA BAGGETT

El señor William Whittlestaff iba y venía, paseando muy despacio por el largo camino de su casa de campo en Hampshire, pensando en el contenido de una carta que llevaba agarrada dentro del bolsillo del pantalón. Desayunaba siempre a las nueve en punto y, supuestamente, le traían las cartas un cuarto de hora más tarde. En realidad, al cartero se le esperaba en la puerta de entrada a las nueve menos cuarto, pero a pesar de haber vivido en la misma casa durante más de quince años y de haber tenido siempre muy poca paciencia a la hora de recibir las cartas, el señor seguía sin saber la verdad. Él era feliz con su error de las nueve y cuarto, pero esta vez, como de costumbre, el cartero llegó diez minutos después. El señor Whittlestaff se había tomado una segunda taza de té y estaba recostado en la silla, sin nada que hacer, con la taza vacía y los platos ante él durante un lapso de dos minutos; y, por ello, comoquiera

que había enviado un mensaje tremendo a través del cartero, y posteriormente había leído la epístola que había llegado esa mañana, verbalizó su pensamiento de este modo: «Que me aspen si tengo algo que ver con ella». Pero esto no debe interpretarse como una muestra de su verdadero estado de ánimo, sino simplemente como el resultado del enfado que le había provocado el cartero. Si más tarde alguien le hubiera dicho que él mismo se había expresado de tal modo acerca de un tema tan importante, habría asegurado que merecía un castigo. Con el fin de aclararse las ideas de una vez por todas, salió con su sombrero y su bastón al largo camino y entonces estudió el problema para dar con una solución. La carta que llevaba en su bolsillo decía lo siguiente:

ST. TAWELL'S, NORWICH, 18 DE FEBRERO DE 18—

Mi querido señor Whittlestaff, finalmente la pobre señora Lawrie nos ha dejado. Murió esta mañana a las siete, y la pobre Mary se ha quedado totalmente sola en el mundo. Le he pedido que, en cualquier caso, venga a pasar unos días con nosotros, hasta que termine el funeral. Pero se ha negado, supongo que porque sabe lo abarrotada que está nuestra casa y lo pequeña que es. ¿Qué va a ser de ella? Usted conoce las circunstancias mejor que yo. Ella misma afirma que su destino siempre ha sido ser gobernanta y que, por supuesto, cumplirá con lo acordado entre ella y su padre antes de su muerte. Sin embargo, ésta es una perspectiva poco halagüeña, sobre todo para una persona que no ha sido directamente educada para tal propósito. Durante los últimos doce meses se ha dedicado por completo a la señora Lawrie, como si de su madre se tratara. A usted no le gustaba la señora Lawrie, a mí tampoco; de hecho,

tampoco es que la pobre Mary la adorara. Pero aun así cumplió con su deber para con su madrastra. Sé que será bastante generoso con relación a la parte económica, pero piense en este asunto y procure encontrar algún futuro para la pobre chica. Muy atentamente,

EMMA KING

En respuesta a esa carta el señor Whittlestaff había declarado su «que me aspen si tengo algo que ver con ella». Pero, la verdad, hay que reconocer que esta expresión no tiene ningún sentido, ni siquiera puede suponerse que tenga la débil sombra de significado que las palabras pueden, supuestamente, entrañar. Durante los últimos tres meses había estado preguntándose cuál sería el destino de Mary Lawrie cuando su madrastra desapareciera, y todavía no había resuelto completamente la cuestión de si podría o no traer a su propia casa, casi como si se tratara de una hija, a una joven que no tenía ningún parentesco con él. Siempre abordaba este tema diciéndose a sí mismo que la gente era una panda de viejos locos criticones, y que él podía hacer lo que quisiera, como convertir a cualquier joven en su hija. Pero entonces, antes de la cena, llegaba por lo general a la conclusión de que la señora Baggett no lo aprobaría. La señora Baggett era su ama de llaves y, sin duda, era una persona importante para él. Ni siquiera le había comentado la idea a la señora Baggett, pero estaba seguro de que no lo aprobaría. En cuanto a lo de lanzar a Mary Lawrie al mundo como gobernanta, estaba convencido de que el plan no daría resultado.

Hacía dos años que había muerto su amigo del alma, el capitán Patrick Lawrie. No hay absolutamente nada que decir de él, excepto que era el hombre más pobre del mundo. Siendo ya mayor

se había casado en segundas nupcias con una mujer severa, brusca y que se beneficiaba de una asignación anual. El futuro de la hija única había sido para él una enorme preocupación; pero el señor Whittlestaff le había afirmado algo que en parte le tranquilizaba. «No le faltará de nada. Es lo único que puedo decir». Ése era el consuelo que le había proporcionado el señor Whittlestaff. Y desde la muerte de su amigo, el señor Whittlestaff había dado muestras de generosidad con regalos que Mary había aceptado muy a regañadientes, siguiendo los consejos de su madrastra. Así estaban las cosas cuando el señor Whittlestaff recibió la carta. Cuando ya llevaba una hora más de lo normal paseando, yendo y viniendo por el largo camino, el señor Whittlestaff expresó en voz alta la conclusión a la que había llegado: «Me importa un rábano la señora Baggett». Se debería entender que pronunciaba estas palabras en oposición directa a la primera afirmación que había hecho, la de «que me aspen si tengo algo que ver con ella». A lo largo de esa hora, había decidido que Mary Lawrie iría a vivir con él y que haría de ella la señora de la casa, con todos los honores que eso suponía, con todos sus privilegios y todas sus responsabilidades. Y llegó a la conclusión de que ésa siempre había sido su intención. Él tenía cincuenta años y Mary Lawrie veinticinco. «Puedo hacer lo que quiera con respecto a ella —se dijo a sí mismo— como si fuera mi propia hija». Con esto quería dar a entender que era poco probable que se enamorara de ella, y que era totalmente imposible que ella se enamorara de él.

—Vaya y dígame a la señora Baggett que le estaré muy agradecido si se pone el sombrero y sale a verme —le dijo a un jardinero, y esa orden no era nada fuera de lo común.

Cuando quería saber lo que la señora Baggett tenía intención de preparar para la cena, mandaba llamar a la vieja ama de llaves y

daba un paseo con ella durante veinte minutos. Ese hábito había hecho que la señora Baggett estuviese totalmente acostumbrada al procedimiento, del que disfrutaba más que de cualquier otra cosa. Apareció enseguida con el sombrero y una capa de algodón que le había regalado su señor.

—Tiene que ver con esa carta, señor —dijo la señora Baggett.

—¿Cómo lo sabe?

—¿Acaso no he visto el tipo la letra y los márgenes negros? La señora Lawrie nos ha dejado.

—La señora Lawrie ha rendido cuentas al cielo.

—Me temo, señor, que no le va a resultar fácil pagar la cuenta —dijo la señora Baggett, que tenía un modo seco y cínico de expresar su descontento.

—Señora Baggett, no juzgue si no quiere ser juzgada —la señora Baggett levantó la nariz y husmeó el aire—. La mujer se ha ido, y aquí nada será dicho en su contra. Queda la muchacha. Ahora le diré lo que voy a hacer.

—¿No irá a venir aquí, señor Whittlestaff?

—Aquí es donde vendrá, aquí es donde se quedará, y aquí es donde tendrá su parte de todo lo mío como si fuera mi propia hija. Y algo no menos importante de las cosas buenas que le sucederán, es que tendrá un hueco en su corazón, señora Baggett.

—No sé nada de mi corazón, señor Whittlestaff. Aquellos que quieran encontrar el camino que lleva a mi corazón tendrán que trabajárselo. ¿Quién es la señorita Lawrie, como para que usted me vaya a relegar por una recién llegada?

—Es simplemente Mary Lawrie.

—Soy tan vieja que no me apetece estar a las órdenes de una jovencita. Y eso no es bueno para usted, señor Whittlestaff. Usted ya no es un hombre joven, si bien tampoco es un viejo; y ella no

tiene ningún parentesco con usted. Y eso es lo peor de todo. Estoy tan segura de que acabará enamorándose de ella como de que mi nombre es Dorothy Baggett.

Entonces la señora Baggett, consciente de que lo que acababa de decir era muy osado, lo miró fijamente a los ojos y negó violentamente con la cabeza.

—Ahora entre —dijo el señor—, y prepare mi equipaje para tres noches. Me voy a Norwich, y no voy a querer cena. Dígale a John que prepare el carruaje y que esté listo para acompañarme a la estación a las dos y cuarto.

—Debería haberme cortado la lengua —dijo la señora Baggett mientras regresaba a la casa—, pues tendría que haber sabido que mis palabras iban a hacer que se decidiera inmediatamente.

El señor Whittlestaff regresó a casa, no al cabo de tres días sino antes de que acabara la semana, y trajo consigo a una muchacha alta y de piel oscura, vestida por supuesto de luto de los pies a la cabeza. Esta muchacha provocaba un gran interés en la señora Baggett ya que, a pesar de haber rechazado categóricamente la propuesta de su señor hecha en favor de la joven, y a pesar de haberse repetido a ella misma una y otra vez, durante la ausencia del señor Whittlestaff, que Mary Lawrie era una carga, en el fondo de su corazón sabía que iba a resultarle imposible seguir viviendo en esa casa sin querer a alguien a quien su señor quería. Con respecto a la mayoría de los que trabajaban en la casa, ella hacía lo que quería. A menos que ella les diera el visto bueno al mozo, al jardinero, al chico y a las chicas que servían a su lado, el señor Whittlestaff difícilmente estaría satisfecho con esos subordinados. Era el señor más fácil con el que podía vivir un sirviente. Pero tenían que ganarse su favor a través de las sonrisas de la señora Baggett. Sin embargo, durante los últimos dos años habían tenido lugar suficientes discusio-

nes acerca de Mary Lawrie como para convencer a la señora Baggett de que, respecto a esa «intrusa», como la había llamado una vez, el señor Whittlestaff tenía intención de hacer lo que quisiera. Partiendo de ahí, la señora Baggett estaba más que impaciente por saber si la joven sería capaz de ganarse su cariño.

Por extraño que parezca, cuando la joven llegó, la señora Baggett no pudo tomar una decisión definitiva hasta pasados doce meses. La muchacha era muy diferente de lo que ella esperaba. En lo tocante a problemas en la casa, prácticamente no hubo ninguno. Por lo visto Mary había oído hablar mucho de las virtudes de la señora Baggett, así como de sus defectos, y parecía entender que ella también debía obedecer sus órdenes en muchos asuntos. «Dios la quiere, señorita Mary —se le había oído decir una vez—; como si no todos hubiésemos comprendido que iba a ser la dueña de todo en Croker's Hall», pues ése era el nombre de la casa del señor Whittlestaff. Pero los que las habían escuchado sabían que esas palabras habían sido pronunciadas con muy buen humor, y dedujeron por lo tanto que el corazón de la señora Baggett había sido vencido. Sin embargo, la señora Baggett seguía teniendo sus miedos y todavía no estaba segura de no tener que enfrentarse a Mary Lawrie con la mayor violencia. Durante el primero o los dos primeros meses que siguieron a la llegada de la joven, casi se había hecho a la idea de que Mary Lawrie nunca accedería a convertirse en la señora Whittlestaff. Rara vez un hombre mayor se enamoraría sin que hubiese algún estímulo o, en cualquier caso, nunca admitiría su amor. Mary Lawrie le trataba con tanta frialdad como si tuviese setenta y cinco años en vez de cincuenta. Y era siempre tan respetuosa, que le demostraba a la señora Baggett, incluso más que su frialdad, que por su parte cualquier idea de matrimonio estaba fuera de lugar.

Aunque parezca extraño, a la señora Baggett le molestaba eso. Porque, aunque por supuesto sintiera, como lo haría cualquier señora Baggett común y corriente en su lugar, que una esposa sería lo más perjudicial para sus intereses, no podía soportar la idea de que «una jovencita engréida, acogida por caridad» pudiese oponerse a alguno de los deseos de su señor. En una o dos ocasiones había hablado con el señor Whittlestaff respecto a la joven y éste la había ignorado cruelmente. Obviamente, esto no le causaba buen humor, y comenzó a imaginarse enfadada con la joven por ser tan ceremoniosa con su señor. Pero conforme fueron pasando los meses, notó que Mary iba perdiendo su frialdad y que el señor Whittlestaff cada vez era más afectuoso. Por supuesto, había periodos en los que cambiaba de opinión. Pero al cabo de un año la señora Baggett deseaba realmente que la joven se casara con su viejo señor.

—Puedo irme a Portsmouth —le dijo al panadero, que era un respetable hombre mayor en quien la señora Baggett tenía más confianza que en ninguna otra persona, a excepción de su señor—, y pasar allí lo que me queda.

Cuando decía «y pasar allí lo que me queda», su amigo entendía perfectamente que se refería a los años que le quedaban por vivir y a la horrible desdicha de sus últimos días, resultado de su renuncia a su actual modo de vida. Por lo visto, la señora Baggett había nacido en Portsmouth y, por consiguiente, se estaba refiriendo al único lugar del mundo que conocía aparte de las residencias en las que su señor y la familia de su señor habían vivido.

Antes de pasar a describir las personalidades del señor Whittlestaff y de la señorita Lawrie, hay que dedicar unas palabras a la juventud de la señora Baggett. Dorothy Tedcaster había nacido en la casa del almirante Whittlestaff, el oficial al mando en el apostadero de Portsmouth. Su padre o su madre tenían parientes allí, a

quienes Dorothy fue a visitar siendo joven, regresando desde la que entonces era la casa de su querida señora, la señora Whittlestaff. Había vivido con la señora Whittlestaff desde el mismo instante de su nacimiento, y su mente estaba tan llena de la señora Whittlestaff que la consideraba superior a Su Majestad y a toda la familia real, si no en categoría, en todo caso en cuanto a todas las cualidades y dones de la vida. Un fatídico día, Dorothy regresó a Portsmouth, y entonces conoció al peor de los héroes militares, el sargento Baggett. Con muchos lamentos, y reconociendo su propia debilidad, escribió a su señora confesándole que iba a casarse con «B». La señora Whittlestaff no pudo hacer nada para evitarlo, y Dorothy se casó con «B». No es preciso aquí hablar del sufrimiento y del maltrato, de la suciedad y la pobreza que padeció la pobre Dorothy Baggett durante ese año. Supongo que algo debió de pasar entre ella y su vieja señora cuando regresó. Pero en los años posteriores la señora Baggett nunca habló de su vida de casada. Incluso el panadero sólo sabía de la existencia del sargento Baggett de forma muy vaga. Transcurrieron años, después de ese duro periodo, antes de que la señora Baggett pasara al servicio de su actual señor. Y a él, aunque probablemente supiera algo del detestable sargento, nunca le pareció necesario mencionar su nombre. La señora Baggett estaba muy agradecida por ello, y le habría declarado al mundo entero, panadero incluido, que «entre todos los caballeros, no había caballero más caballeroso» que su señor.

Ya hacía veinticinco años que había muerto el almirante, y quince años que su viuda le había seguido. Durante la última temporada, la señora Baggett había vivido en Croker's Hall con el señor Whittlestaff, y a lo largo de ese periodo, ya se supo más del sargento. En el siguiente capítulo se explicará cómo el establecimiento del señor Whittlestaff se había realizado con menos

ostentación que el de sus padres; pero el caso era que la señora Baggett, en lo más hondo de su corazón, estaba profundamente apenada por lo que ella consideraba la pobreza de su señor.

—Es usted una vieja estúpida y loca, señora Baggett —le decía su señor cuando en algún momento a solas ella expresaba sus penas—. ¿Acaso no tiene suficiente comida, una cama en la que dormir, y una vieja media llena de dinero por alguna parte? ¿Qué más quiere?

—¡Una media llena de dinero! —le contestaba ella, secando las lágrimas de sus ojos—; no existe tal cosa. Y en cuanto a lo de comer, por supuesto, como cuanto quiero. Ya que toca el asunto, como más de lo que quisiera.

—Entonces es una glotona.

—¡Y pensar que no puede tener a un hombre con chaqueta negra para servirle una copa de vino, señor!

—Nunca bebo vino, señora Baggett.

—Bueno, whisky. Supongo que a un hombre así no le costaría servir un vaso de whisky a un caballero; aunque hoy en día se desconoce qué estarían dispuestos a hacer esos tipos. Pero eso es rebajarse, señor Whittlestaff.

—Si piensa que me he rebajado, haría mejor en guardárselo para usted y no decírmelo. No creo que me haya rebajado.

—Usted se resiste a ello con elegancia, como un hombre, señor; pero una mujer pobre como yo lo percibe.

Así eran la señora Baggett y su pasado. Pero esta pequeña conversación tuvo lugar antes de la llegada de Mary Lawrie.